

## PERMANENCIA DEL PENSAMIENTO DE MARIO SANCHO<sup>1</sup>

Flora Ovares  
Universidad Nacional

A más de sesenta años de la partida de Sancho, releemos sus escritos y vemos que conservan vigor y frescura; nos sorprendemos por la vigencia y cercanía de su pensamiento; nos regocijamos con su prosa y queremos que otros participen de nuestra admiración. Veamos, por ejemplo, en el inicio de su ensayo más conocido, *Costa Rica, Suiza Centroamericana*, las siguientes palabras de angustiante actualidad:

Los tiempos que corren son en verdad aflictivos y desconsoladores. El país, hombres, instituciones, costumbres, todo anda muy de capa caída. Económicamente estamos a dos dedos de la bancarrota, endeudados hasta la coronilla, mitad por improvidencia (sic) y mitad por improbidad, con casi todas nuestras industrias arruinadas y con tan poca esperanza de salir de apuros como mucho peligro de que a la postre el acreedor extranjero, cuando vea que no podemos cumplirle la palabra, irrumpa en nuestras aduanas so pretexto de ponerlas en orden y de hacerse pagar (p.11).

Estas palabras se escribieron en 1935, hace casi 75 años. Sin embargo, salta a la vista lo pertinente del comentario: la ruina económica, la amenaza del acreedor extranjero, la improvisación y la corrupción.

A lo largo de ese ensayo, Sancho insiste en un paralelismo entre los aspectos morales y económicos de la crisis: “al desbarajuste económico (...) corresponde una profunda crisis moral” (p.12), indica. Y, a continuación, revisa a la luz de esos dos criterios los comportamientos de los diferentes grupos sociales: los ricos, la clase media, el campesinado.

Al releer el análisis ofrecido en este ensayo así como en otros posteriores, por ejemplo, *Vicisitudes de la democracia en América* (1944), percibimos que algunas de las afirmaciones del ensayista han perdido en parte vigencia por señalar problemas que el país ha ido superando al consolidarse conquistas que apenas se esbozaban en las décadas de 1930 y 1940. Él mismo señala algunas de ellas: la creación de un impuesto territorial, la aprobación del Código de Trabajo y las garantías sociales. Hay que agregar que, además, en cierta medida, la sociedad costarricense ha conquistado algunas de los derechos que él exigía en esta conferencia dirigida a los jóvenes del *Centro de Estudios de los Problemas Nacionales*: el sistema de salud se ha universalizado y se ha extendido la educación, restringida a unos cuantos liceos capitalinos hasta inicios de los años cuarenta.

No obstante, otras afirmaciones mantienen totalmente su actualidad. Apunto dos asuntos que conservan plena validez; la concepción del papel del Estado por parte de los grupos dominantes y la organización del sistema tributario. En relación con el primer tema, no está de más hacer referencia a los juicios hechos a raíz de los reclamos de los cafetaleros sobre algunas medidas proteccionistas que trató de tomar el gobierno de Cleto González Víquez. Los cafetaleros, el grupo económicamente más poderoso, se oponían a la intervención del Estado argumentando los principios liberales, ya por entonces cuestionados por los sectores más progresistas y conscientes del país. Anota Sancho: “Quienes tal decían, quienes tanto trinaban contra la intervención del Estado en relaciones que, según ellos, deben estar sólo regidas por la ley de la oferta y la demanda [...] los que aquí mandan a paseo a menudo los

---

<sup>1</sup> Consejo de Facultades humanísticas de Centroamérica y Caribe (Cofahca), *II Congreso centroamericano y del Caribe sobre pensadores y pensadoras humanistas* (Universidad Nacional, 3 y 4 de junio del 2009).

principios liberales, siempre que hay de por medio algún interés fuerte, cuando no un simple pretexto (*Costa Rica Suiza Centroamericana*, 39).

Enseguida se refiere a los numerosos casos en que los gobernantes de orientación liberal han decretado subsidios estatales para favorecer a los poderosos: si los negocios marchan bien, dice, entonces no debe haber intervención estatal y si hay ganancias, debe dejárselas al negociante. Pero si hay pérdidas económicas, entonces es preciso la intervención estatal para apoyarlo o repartir las deudas. Además, agrega, ¿no se trata de intromisión en la economía la constante influencia sobre las instituciones públicas y sobre las decisiones de los funcionarios?

Hoy, tantos años más tarde, nuestra experiencia de cada día nos indica la justeza de estas opiniones. Todos nosotros estamos siendo testigos de lo anterior. Hace muy poco tiempo, antes de que se declarara abiertamente la crisis económica, los sectores económicamente poderosos insistían en las supuestas bondades de los modelos liberales que ya daban resultados socialmente negativos en otros lugares. En este momento, la balanza está en el otro extremo y se insiste en el papel del Estado precisamente como salvaguarda de quienes han querido destruirlo.

Basta con abrir los periódicos para corroborar la existencia de esta especie de doble moral económica de los grupos poderosos, fruto, como diría Sancho, de "la falta de altruismo y absoluta incapacidad para la cooperación social" (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 22).

No podemos dejar de observar tampoco la justeza de la ecuación que pone a la par el desconcierto económico y el moral. En aquel momento no se hablaba de neoliberalismo pero el comportamiento voraz de ciertos grupos económicos se asemejaba al que hemos tenido la ocasión de experimentar en los años recientes.

Idéntico afán de lucro e igual desfachatez para recurrir al Estado como ancla de salvación ante la crisis.

Otro de las injusticias que señala es el sistema tributario imperante en el país pues, a su entender, una equitativa distribución de las cargas públicas es requisito de justicia social. Apoyado en otros pensadores y políticos, indica que es imposible sostener una forma de gobierno democrático bajo un sistema social no democrático. Y que, al obtener la mayoría de las rentas de los impuestos aduaneros y otros impuestos indirectos, el pago recae en los más necesitados.

Al meditar estos asuntos, Sancho pensaba que el impuesto sobre la renta no sobre el salario- era una medida correcta. Ahora, a pesar de que algunos de los cambios en el régimen tributario que él propugnaba se han puesto en práctica, sus afirmaciones nos siguen sorprendiendo y percibimos su vigencia.

Todos sabemos cuánto ha costado ordenar empezar a ordenar el sistema tributario para hacerlo más justo y moderno. Sobre todo, destaca la lucidez del ensayista al señalar la importancia de este rubro en un país que pretenda ser más equitativo y solidario.

En su examen de la sociedad costarricense, no se conforma con denunciar los males de la democracia. Va más allá al señalar, aunque de forma general, el origen de la situación. Advierte, en primer término, causas de tipo moral: "el país peligra en medio de "una lucha de intereses egoístas exacerbados bajo el apremio de las circunstancias". En esta situación "moral y buenas costumbres van camino de ser pronto un recuerdo apenas del pasado" (*Costa Rica Suiza Centroamericana*, 13).

La indicación de los aspectos éticos como los determinantes de las situaciones sociales refleja la formación de Sancho, el sustrato arielista de su pensamiento, perceptible sobre todo en sus escritos de juventud pero que resuena a lo largo de toda su obra. Esta posición se modificará poco a poco a lo largo de la vida del autor. En algunos de sus escritos más tardíos, por ejemplo en *Vicisitudes de la democracia en América*, profundiza en su análisis al indicar la imposibilidad de que exista una verdadera democracia si no hay justicia social. A propósito de

algunos países de América del Sur, opina que la ausencia de una reforma agraria, el contraste brutal entre las oligarquía poderosas y unan gran mayoría de la población hacen imposible la existencia de la democracia aunque se mantenga el ritual de las elecciones.

En ese mismo ensayo profundiza en la historia política y económica del continente para indicar las causas de la situación actual. Incluso en sus memorias, a la vez que recuerda hechos importantes de su biografía, ofrece una mirada nueva sobre los hechos históricos. Como en los ensayos de otros escritores de esos años, la comparación entre el hoy el ayer en esas páginas cumple un fin didáctico: las lecciones del pasado deben aclarar el presente.

Todo este análisis de la realidad latinoamericana y nacional lo lleva a desmitificar la imagen que los costarricenses tenemos de nosotros mismos y de nuestro país. Con un tono irónico y punzante, arremete contra la ideología de la cultura oficial y desnuda las prácticas morales y políticas. Cuestiona todos los mitos de la democracia y los confronta con la realidad de injusticia social y corrupción política.

Así, fustiga el legalismo, es decir, el uso de la ley con fines injustos:

en Costa Rica, dice, no es común ver cómo "se le retuerce el pescuezo a la justicia por medio de algún subterfugio legal" (*Memorias*, 108); o bien, se buscan resquicios en las leyes que permitan salir airosas siempre a las compañías fruteras u otros grupos poderosos. La legalidad es la razón suprema de todo entre nosotros, la medida de la inteligencia y el índice de idoneidad. No se concibe el hombre de estado sino en función de leguleyo y la República no reconoce otras glorias que las de los Sumos Sacerdotes y Definidores de la Ley, de esa ley cuya sacro-santidad no se quitan de la boca, aun cuando saben que están usándola para cubrir tretas y engaños (*Memorias*, 109).

Desafortunadamente, este desencuentro entre la letra y el espíritu de las leyes y este apego a la forma legal en detrimento de la esencia de la justicia siguen presentes en el comportamiento diario de los costarricenses. También el proceso electoral y, en general, la política, son blanco de muchas de sus críticas. De nuevo hay que aclarar que, en 1935, no existían en el país muchos elementos ni instituciones como el Tribunal Supremo de Elecciones que garantizaran el respeto a la voluntad popular y el sufragio.

También han aparecido opciones de organización popular y se han dado luchas sociales que han redundado en una mayor conciencia política de amplios sectores de la población.

No obstante, las palabras de Sancho conservan validez en nuestros días si nos atenemos a la manera en que una gran cantidad de costarricenses vivimos la política todavía hoy, como el cambio de un partido en el gobierno y no como la búsqueda de soluciones de fondo. Dice, por ejemplo: "Dificultamos que haya en la farmacopea universal una droga que, como la política, esta política nuestra, entontezca tanto a los hombres, ni un tósigo que les envenene tan profundamente el alma [...] maldecir a esta horrible Celestina de la política, maestra de embustes y necedades, y causa de males tan grandes como pequeños son, si miramos al fondo de las cosas, sus resultados prácticos" (*Costa Rica Suiza Centroamericana*, 49).

Esta idea se retoma y ahonda en las *Memorias*, cuando asegura que nuestra política ha sido desde hace treinta años la rotación del poder de dos círculos poderosos y resulta ridículo llamar a tal cosa democracia, porque la democracia verdadera es el gobiernos que se da el pueblo, tras el ejercicio de una opinión pública esclarecida e informada de sus derechos y necesidades (120-121).

Para él, el discurso político nacional, las palabras con las que tratamos de identificarnos como un pueblo educado y democrático, se han vaciado de su sentido original y no sólo han perdido beligerancia sino que sirven para velar la crisis de valores, para tapan la realidad:

Cuento la libertad, cuento la democracia, cuento la renovación, que aquí tan conservadores resultan en el fondo los que hablan de renovación sin decir qué van a renovar, como los que ofrecen mantener las tradiciones sin decir tampoco cuáles tradiciones, pues las ya conocidas de nosotros son el desorden, el peculado, la trapisonda y la incapacidad de realizar el bien común (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 83).

A la denuncia de la democracia como mito, el escritor agrega el ataque a otras creencias que mueven la vida social y política del costarricense. La igualdad y la supuesta cultura del costarricense son para él otros mitos, fragmentos de un discurso oficial que enmascara comportamientos y situaciones indebidas. Así, se pregunta sobre la existencia de una opinión pública en Costa Rica. Si la política es sólo un espectáculo, el despliegue de una agitación vociferante, la opinión pública es también una ficción. En un ensayo titulado "¿Hay opinión pública vigilante?", aparecido en *Repertorio Americano* en 1936, denuncia un proyecto de ley que pretendía impedir la entrada de cierta literatura política al país. En esta ocasión, Sancho protesta contra la imposición de "barreras aduaneras al pensamiento y la cultura con el sandio pretexto de defender la nación contra el peligro bolchevique". Además, señala la apatía con que los costarricenses ven ese atentado contra la libertad de expresión y pensamiento: "¿Hay tal opinión pública entre nosotros, o se trata sólo de una de las tantas mentiras convencionales con que solemos engañarnos?"

Como puede verse en los textos citados, Sancho intenta una revisión de la ideología del costarricense, ataca despiadadamente las creencias más arraigadas en nosotros acerca de nuestra identidad política. Su pensamiento se engarza con el de toda una generación de pensadores y ensayistas, como Joaquín García Monge, Omar Dengo, Vicente Sáenz y Octavio Jiménez. La estampa idílica de la nación que se bosqueja en los discursos políticos y, a veces en los compendios de historia patria muestra una representación paradisiaca y pacífica de Costa Rica, espacialmente ceñida al Valle Central y habitada por una comunidad de laboriosos propietarios. Como otros ensayistas de su época, Sancho critica con vehemencia esa idea de un mundo armónico y cerrado, ajeno a la heterogeneidad y que expulsa de sí cualquier elemento perturbador.

El ensayo cumple así un papel destacado, por su participación en la crítica de la identidad nacional y las representaciones previas de un espacio social y cultural costarricense. Por eso, como vimos, los escritos se refieren constantemente a los mitos y los estereotipos que pueblan el discurso político y la ideología del costarricense.

A la vez, se aprecia en Sancho como en otros ensayistas de esos años una clara visión hispanoamericanista. Mientras que el costarricense, hasta hace muy poco, prefería definirse como separado del resto de América Latina, en los ensayos y las *Memorias* se hace hincapié en la pertenencia del país a un espacio cultural mayor. Debemos estar abiertos a los aportes de todas las culturas, ideales y disciplinas, mantener nuestra mente abierta a todos los vientos del espíritu; pero, a la vez, debemos ser leales a nuestra historia y saber que "Las piedras itinerarias que se abren ante nosotros son: Costa Rica, América, España" (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 28-29).

Esta visión hispanoamericanista se acompaña con la declaración antiimperialista, que comparte con otros pensadores de esos años. Tantos años más tarde, dicha posición se muestra un tanto simplista, al no tomar en cuenta la imbricación, la complejidad y la universalidad del poder económico, tal como podemos intuirlo o experimentarlo actualmente.

Por otro lado, en su propuesta destacan dos elementos muy relacionados entre sí: el papel fundamental de la educación y la función del intelectual comprometido. Insiste en la necesidad de una educación que se aleje del memorismo, cercana a las verdaderas necesidades de los jóvenes, que les enseñe a enfrentarse a "esta irrupción horrible de ramplonería, vulgaridad y desmoralización" que se apodera del país (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 25).

La confianza en la educación, que comparte con muchos otros pensadores coetáneos, es inseparable de una creencia expresa en la vocación rectora de los intelectuales, de un cierto aristocratismo intelectual. Por eso, la palabra del ensayista funda su validez en la incorporación de la cultura y a tradición universales, como el sustrato intelectual en que se apoyan, en última instancia, la validez y la veracidad del discurso propio. La cultura proporciona autoridad al hablante de estos ensayos, lo caracteriza como un intelectual culto y, como tal, obligado a denunciar las lacras morales de la sociedad. Esta tradición prestigiosa se incorpora al ensayo de diversas maneras, tales como el uso de alocuciones en otros idiomas, la mención a pensadores y artistas y las constantes alusiones a obras literarias e históricas.

El respaldo ofrecido por el prestigio de la cultura humanista y la literatura sirve como punto de partida para establecer una peculiar relación con el lector. En una especie de complicidad irónica, Sancho parece escribir siempre para un lector culto a cuyas preferencias y conocimientos apela. Está claro que el ensayista no podía ni siquiera imaginar los caminos que seguiría la difusión de la educación y la cultura en las décadas presentes. Y puede ser incluso que algunos cuestionen la idea de cultura que propone. Pero, esencialmente, en este aspecto mantiene su pensamiento una total actualidad.

Efectivamente, tras varias décadas de un mal entendido pragmatismo, los estudiosos de la educación llaman la atención sobre el papel formador del arte y las letras como centro de los planes de la enseñanza escolar. El contacto con la literatura, la música y otras artes propone retos al estudiante que desarrollan su mente y despiertan el interés por el análisis y la observación.

Involucran al alumno como sujeto activo y exigen de él una actitud que supera la recepción pasiva en favor de una participación activa, que supone una acomodación dinámica de las estructuras mentales. Favorecen el pensamiento y brindan el acceso a la comunicación, elementos fundamentales para la participación efectiva en el crecimiento y el perfeccionamiento de la sociedad.

En este punto, al igual que en relación con el resto de sus afirmaciones, nos percatamos que la permanencia y la validez de los postulados de los ensayistas se derivan sobre todo de una actitud ética ante el mundo. Tal vez algunos de los contenidos expuestos o algunos de los juicios expresados parezcan actualmente alejados de las exigencias del momento. Lo que sí continúa plenamente vigente es la actitud crítica y alerta y la defensa de los valores de solidaridad y justicia.

Llego finalmente al rasgo de la escritura de Mario Sancho que más ha llamado la atención, pues confiere un tono totalmente diferente a sus escritos: la idealización del pasado. Se trata de otro punto de encuentro de sus ensayos con la sensibilidad actual. Es cierto también que el paso de los años y el enfrentamiento con la realidad han erosionado la visión idílica del costarricense más que cualquier discurso lo que, en muchas oportunidades, ha conducido a imaginar un pasado más igualitario. Sancho, al igual que nosotros, vivió en épocas de crisis económica y de desgarro social, en su caso la crisis de los años 30 y más adelante la proximidad de la guerra civil. En parte debido a esas circunstancias, en sus escritos, la conciencia de un presente degradado propicia cierta idealización de épocas anteriores. En los ensayos destaca una nostalgia por los valores perdidos en la sociedad costarricense. Esta posición particular surge de su desesperanza ante la realidad presente, que el ensayista compara con un mundo ideal, situado en el pasado. Los mitos actuales han resultado falsos: no somos la Suiza Centroamericana; la situación presente hace que el futuro no resulte atractivo, por eso, confiesa Desde hace algunos años anda nuestro espíritu buscándose un refugio en el pasado, en parte - ¿a qué negarlo? por gusto del pasado mismo, pero muy principalmente por escapar a la angustia y desencanto del presente (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 11).

En algunos ensayos, el pasado se incorpora como dato que explica el presente y el tono nostálgico se atenúa. Sin embargo, la mayor parte de las veces la oposición entre el ayer y

el hoy tiene el efecto de recalcar el fracaso de las aspiraciones e ideales del ensayista. En todo caso, Sancho imagina, digamos que inventa, un mundo ideal, un pasado en el que a su entender existían valores como la previsión, el amor al trabajo, la justicia, la sinceridad, la delicadeza, la religiosidad sentida, la cultura humanista y la defensa de los valores republicanos:

Había menos demandas a la vanidad, a la sensualidad, a la codicia, que son resortes, hay que confesarlo, del progreso, al menos del progreso material, pero que también son responsables de la mayor parte de las indignidades y las transgresiones morales que ocurren con innegable frecuencia en la sociedad moderna (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 15).

Probablemente ese pasado, ese paraíso terrenal republicano no haya existido nunca en nuestra historia. Sin embargo, a Sancho le sirvió como referencia utópica en una época de desencanto. Situó su tierra prometida en el ayer, en el Cartago anterior al terremoto y en una Costa Rica ideal, suma de las virtudes ciudadanas y morales que garantizan la existencia de la República.

La nostalgia del pasado da origen además a sus páginas más líricas y sentidas. En su evocación, era aquel un mundo de una suave belleza, lleno de sencillez, cuyo ritmo estaba marcado por el discurrir de las fiestas religiosas. Rememora las costumbres, las tertulias, el ambiente pueblerino. Evoca las fuentes que adornaban las iglesias, las escasas diversiones de aquel entonces. La presencia retadora y bohemia de los hermanos Troyo, especialmente Rafael Angel, el poeta que "congregaba a su alrededor a cuantos escritores iban y venían a Costa Rica" (*Memorias*, 32).

Por todo eso, anota, "El antiguo Cartago tenía gran atractivo aún para las personas que no habían nacido o vivido en él: era una ciudad pequeña y modesta, pero con carácter propio, con un aire inconfundible de hidalguía que lograba infundir una sensación de buen tono y noble sosiego («Las casas solariegas del antiguo Cartago», *Repertorio Americano*, XXVI, 2, 1933, 2).

En el fondo, cuando escribimos algo, nos estamos escribiendo a nosotros mismos. En estas líneas nostálgicas, Sancho describe su propio pasado, su infancia en el Cartago anterior al terremoto. La memoria recupera el paisaje perdido, lo ilumina con la luz del deseo, lo tiñe con la triste poesía, con la bruma que envuelve los parajes de la niñez.

Calles, calles realmente, nunca tuvo la ciudad más de cinco: calle del Ferrocarril, calle Real, calle de la Soledad, calle de San Francisco y calle del Hospital. Cinco vías largas y rectas como las rayas de un pentagrama, pero de un pentagrama de partitura antigua y por tanto de música simple y melodiosa. Y a modo de barras de compás cruzaban esas calles otras de norte a sur: calle del Señor Deán, calle de los Estanques, calle del Cuartel y así hasta la calle de Punta Diamante. Todas ellas empedradas, tenían los desagües en el medio y se llenaban de yerba en las orillas; mas el transeúnte sentíase feliz y como embrujado de un hechizo inexplicable (*Memorias*, 26).

Todo esto iba a desaparecer con el terremoto. El sismo aparece en sus ensayos como el acontecimiento que separa en dos mitades irreconciliables la historia de Cartago: el pasado absoluto e irrecuperable y el presente degradado.

Con los años y la pérdida de aquel paraíso vinieron para él los viajes, narrados exquisitamente en *Memorias* o en *Viajes y lecturas*. Y, años después, el retorno a la ciudad natal que significó muchas veces el encuentro con el rechazo y la incompreensión de un ambiente aldeano y mezquino, lleno de mediocridad y prejuicios.

¿Sucedió así, realmente? Me atrevería a decir que no. A Cartago no la cambiaron así los terremotos: la cambiaron la historia, el progreso. La cambió, en fin, el paso del tiempo. Lo mismo que a Sancho y que a nosotros como individuos y como nación. Su infancia, la alegría

de la juventud, la ciudad antigua, la Costa Rica tranquila e igualitaria, todo quedó atrás por el transcurso del tiempo. Porque el tiempo nos hace y nos extingue a la vez, nos trae a la vida y nos exilia de nuestro origen.